

Los cántaros y la ceguera

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

La poética de la luz -ahí es nada- fue cosa que no se caía de los labios, o de las plumas, de los comentaristas y tratadistas de la pintura. De esto hace ya mucho tiempo. La pintura, además, no era si se quiere la luz, pero siempre era o acababa siendo un testimonio de la luz, qué duda cabe que no sólo de su fisicidad o fenomenicidad, sino como suerte o metáfora de otra luz, muy inaccesible para los que San Agustín llamaba «los ciegos amantes de lo natural». También hace mucho tiempo de esto. Hoy, la luz no es algo reputado. Ha llovido mucho. Y sobre todo han llovido muchas sentimentalidades poco amigas de la luz y la visibilidad, natural o no, y menos de sus resonancias filosóficas, magníficamente combatidas, como toda ontología, por ejemplo -recuerdo-- por Levinas. Al menos en él se comprende. La luz, en el arte, ilumina los ídolos.

El pintor Juan Carlos Lázaro, que es pintor de unas pinturas cegadoras, tiene una obsesión, que también se comprende. Él quiere que en sus lienzos y tablillas no deje de haber cántaros, jarras, algún cuenco, o sea, lo mínimo que puede haber para sabernos ante la realidad. A veces, esas cosas aparecen compactadas en un núcleo o nódulo central, y es natural entonces el eco constructivo morandiano. Esas cosas, por lo demás, ya son más bien estilizaciones, desnaturalizaciones de los objetos, insistentes y casi monótonas, muy a la manera en que tratan las cosas en sus pinturas Cristino de Vera y -sobre todo- Xavier Valls. Mi primer recuerdo asociativo al ver unas pinturas de Juan Carlos Lázaro fue Xavier Valls. Pero él, por otra parte, no quiere que nos confundamos: no sólo que esas mínimas cosas no atrapen a la mirada en su representación, como si ésta fuera la conclusión -falaz, claro- de su pintura, sino que tampoco absorban la visión en su pura plasticidad formal. ¿Entonces? Pues entonces, no es que esos objetos aparezcan aquí más o menos deshechos o modificados o sintetizados, sino que el pintor ha adoptado otro modo de decirnos que esto es pintura -en sí, pero no sólo en sí-. Y es un modo muy particular que reacciona, en realidad, a la consabida pureza formalista o abstractista de pinturar. Ha decidido que la luz que ilumina las cosas podría ocupar el espacio todo de la propia pintura, hasta devastarla, destruirla, hasta llegar al despeñadero mismo de la invisibilidad. Quien se acerque a la sala, debe saber que luego, al salir, es conveniente que vaya modulando poco a poco la visión, como después de mirar al sol.

Obsesión de pintor

La obsesión de Juan Carlos Lázaro es comprensible. Todos los artistas, mal que bien, tienen alguna. La suya, no obstante, es de pintor. La luz no son las cosas; la pintura no puede ser la luz. Pintar la luz, sola o casi sola, en su máximo posible pero iluminadora aún de una realidad concreta, puede parecer, a primera vista, algo -como en estas pinturas- dulce, casi amable. Pero acaba en algo cegador, arrasador, es como pintar una esencia, y nos convierte a todos un poco en ciegos amadores, despojados de cuerpo propio, de objeto ajeno, borrados ambos tras la invasión absoluta de un misterio por otra parte tan calmo, tan tranquilo, tan callado como aquí se alcanza a ver, y a no ver.